

tiene que ir más allá en sus actos. La prueba de esto me parece fácil. Sabreis, sin duda, que en otro tiempo el célebre Timoteo habló al pueblo sobre la necesidad de socorrer la Eubea y librarla del yugo tebano. «¡Y qué! dijo entonces, los tebanos están en la isla vecina y vosotros de liberáis? ¿No cubris el mar con vuestras naves? ¿No volais desde esta ciudad al Pireo? ¿No dirigís hácia el enemigo todas vuestras proas?» Tales fueron, sobre poco más ó menos, sus palabras: vosotros, atenienses, os pusisteis en movimiento, y por este concurso la obra se vió terminada. Pero si mientras Timoteo proponia la medida más saludable, hubiese la pereza cerrado vuestros oidos, ¿habría obtenido Atenas los resultados que tanto la honraron entonces? ¡No, ni uno siquiera! Pues bien, esto mismo debe suceder hoy con mis palabras y con las de cualquiera otro: exigid del orador el talento del buen consejo; pero la ejecucion no la pidais sino que á vosotros mismos.

Voy á resumir y á dejar la tribuna. Imponed contribuciones; asegurad la existencia de vuestro ejército; corregid los abusos que veais en él, pero no lo licenciéis por acceder á las acusaciones del primero que llega; enviad por todas partes diputados que instruyan, que adviertan, que sirvan al Estado con todas sus fuerzas; haced más aun, castigad á los oradores asalariados para perderos; en todo tiempo y en todo lugar, perseguidlos con vuestro ódio, á fin de demostrar que, por sus buenos consejos, los oradores virtuosos é íntegros han merecido bien de sus conciudadanos y de ellos mismos. Si os gobernais de esta suerte, si no volveis á dejarlo todo en abandono, acaso atenienses, acaso en el porvenir tomen los acontecimientos un curso más venturoso. Pero si, siempre inactivos, limitais vuestro celo á aplaudir tumultuosamente; si retrocedis cuando es necesario obrar, no hay elocuencia que, sin el cumplimiento de vuestro deber, pueda salvar la pátria.

PROCESO DE LA EMBAJADA.

Introduccion.

Demóstenes no olvidaba un instante su proyecto de venganza pública y privada contra Esquines; pero varias causas habian contribuido á retardar este proceso. Era imposible complicar á todos sus compañeros de embajada, porque unos estaban ausentes, y otros, tales como Dercilos é Jatrocles eran mucho menos culpables. Por otra parte, la malignidad pública parecia satisfacerse con la acusacion que habia intentado Hiperides contra el diputado Filócrates, hombre igualmente despreciado de todos los partidos. Eúbulo, del cual Esquines habia sido secretario, y que parece hostil á Demóstenes, trataba de evitar el proceso, y realmente, la impresion producida por tantas desgracias públicas, resultado de la traicion, se habia debilitado mucho. Demóstenes, sin embargo, anunció esta grande acusacion al terminar su sexta filípica. Parecia que la voz de Mirabeau habia sido el eco de la suya, cuando pronunciaba estas palabras en la Asamblea nacional: «¡Conozco los pérfidos consejeros de estos atentados contra la libertad, y por el honor de mi pátria, juro denunciarlos algun día!» (1)

Demóstenes mismo estableció el carácter de este proceso: no era una acusacion formal de alta traicion; pero sí un perseguimiento para obligar á Esquines á que rindiese cuentas. De aquí nacen, sin duda, las conclusiones un poco vagas del acusador y el que se muestra indeciso ante el castigo que debe aplicarse, por más que la pena de muerte esté indicada con frecuencia.

Este discurso de Demóstenes puede sostener, ventajosamente, un paralelo con sus demás discursos políticos. Quizá sea aquí donde

(1) Discurso sobre el proceso del Chatelet.

el orador despliega, con más maestría, el arte que le era propio de triunfar de la avidez del asunto, y de convertir en un grupo luminoso de pruebas las presunciones débiles ó poco concluyentes que la materia le presentaba.

La arenga de Esquines tiene menos fuerza y elevacion, pero más ingenio y agudeza, más orden y rapidez en los hechos. Recuerda seguidamente toda la historia de la paz ajustada con Filipo; pero aunque contradice con frecuencia á Demóstenes, lo refuta pocas veces.

En cuanto á las particularidades poco honrosas que estos dos discursos nos revelan respecto á la conducta de sus autores, carecemos de noticias suficientes para apreciarlas con imparcialidad. Asombra el descarado atrevimiento con que se dirigen el uno al otro el epíteto de *cómplice de Filócrates*; pero este asombro cesa cuando se recuerda la ligereza indolente de los atenienses, tan propensos á olvidar el pasado, y sobre todo la posicion actual del mismo Filócrates. Denunciado por Hipérides había abandonado á Atenas, donde no podía volver sin esponerse á sufrir la muerte. Estos dos discursos datan del año 3 de la Olimpiada 109, correspondiente al 342 antes de Jesucristo, el mismo en que Isócrates pronunció públicamente el *elogio de Atenas*. Plutarco duda si este proceso se verificó realmente, porque Esquines y Demóstenes no hacen referencia á él en sus oraciones sobre la Corona. Pero muy bien pudo suceder, dice Auger, que guardasen silencio ambos, el uno porque el juicio no le había sido favorable, y el otro porque acaso no estaba seguro de unas sospechas poco honrosas que temeria despertar de nuevo. Por otra parte, muchos pasajes del discurso de Esquines prueban que el proceso tuvo lugar.

Acusacion pronunciada por Demóstenes.

Sin duda que casi todos habreis reconocido, ¡oh atenienses, el calor de las intrigas facciosas de que se ha rodeado este debate, viendo, hace pocos instantes, á los que os asediaban con sus importunidades mientras que la suerte proclamaba vuestros nombres. Por mi parte solo exigiré de vosotros aquello que concede la equidad aunque se pida sin ruego: no pospongais á ninguna consideracion la justicia y el juramento que cada uno de vosotros ha prestado antes de entrar aquí; considerad ambas cosas como

vuestra salvaguardia, como la salvaguardia de la República entera, y esas activas súplicas de los protectores del acusado, como el sostenimiento de algunas ambiciones privadas, que las leyes, al reuniros, os ordenan reprimir, lejos de mandaros que cedais á su influencia para aliviar la suerte de los culpables.

Ved á todos los que han administrado con integridad, estar siempre dispuestos á reproducir las cuentas que han rendido. Esquines se conduce muy diferentemente. Antes de venir á vuestra presencia, antes de justificar su conducta, ha hecho desaparecer uno de los ciudadanos que lo perseguian; vá por todas partes amenazando á los demás, é introduce en el Gobierno el más escandaloso y el más funesto de los abusos. Porque si el ateniense que ha tomado alguna parte en los asuntos públicos aleja á los acusadores, no por su inocencia, sino por el terror que inspira su persona, comete una usurpacion de vuestra autoridad.

Convencer á este hombre de delitos numerosos y de crímenes enormes; presentarlo digno del último suplicio, es tarea cuyo cumplimiento tengo la intima confianza de poder conseguir. Diré, sin embargo, con franqueza, que esta persuasion me deja una inquietud. Todas las causas sometidas á vuestro tribunal, me parece, ¡oh atenienses! que dependen de las circunstancias del momento tanto como de los hechos, y temo que el dilatado periodo de tiempo que ha trascurrido desde la época de la embajada hasta el presente, os haya ocasionado el olvido ó la indiferencia de tantas prevaricaciones. Teneis, empero, un medio de enteraros y fallar conforme á la justicia: este medio consiste en examinar por vosotros mismos, ¡oh jueces! y enumerar los puntos sobre que la República debe exigir cuentas á su embajador: primeramente, las noticias que ha traído; en seguida, los consejos que ha dado; despues, las órdenes que ha recibido; en cuarto lugar, el em-

pleo del tiempo, y en último término y sobre todos estos particulares, su desinterés ó su venalidad. ¿Y para qué, se preguntará, un exámen tan detallado? Hélo aquí. Las noticias dadas por los diputados forman la verdadera base de vuestras deliberaciones; tomáis un buen acuerdo si son exactas, y uno malo si son falsas. Dais tambien más crédito á los consejos de un embajador, porque lo escucháis como á un hombre muy enterado y conocedor del asunto que es objeto de su encargo. Así, pues, vuestro mandatario no debe ser convencido de haber dado un solo consejo pernicioso. En cuanto á las órdenes que ha recibido de vosotros, como regla de su conducta, y á las instrucciones precisas de vuestro mandato, es necesario que las haya cumplido. Bien, se dirá, ¿pero por qué pedir cuentas del tiempo empleado? Porque muy frecuentemente, ¡oh atenienses! sucede que el éxito feliz de un negocio depende de la oportunidad del momento; y cuando este momento se cede ó se vende al enemigo, es imposible volverlo á recobrar. Sobre la cuestion del desinterés, de seguro que decís todos: Recibir dinero por perjudicar á la pátria, es una infamia que merece toda nuestra cólera. El legislador, aunque no designa esta circunstancia, prohíbe, en general que se acepte un solo regalo, persuadido, segun yo pienso, de que cualquiera que dá el primer paso en la senda de la corrupcion, no podrá ya nunca juzgar con rectitud los asuntos del Estado.

Si, pues, valiéndome de pruebas palpables convenzo á Esquines de haber mentido en todos sus relatos, é impedido que el Pueblo oyese la verdad de mis lábios; de haberos aconsejado sobre todas las cuestiones contra vuestros intereses; de no haber cumplido ninguna de vuestras órdenes en su embajada; de haber gastado un tiempo precioso, durante el cual la República ha perdido muchas é importantes ocasiones; y en fin, de haber sido con Filocrates partícipe del salario de todas estas perfidias, no dudo

que lo condenareis, que hareis justicia en el prevaricador. Pero si no demuestro todo esto que anuncio, todo absolutamente, consideradme como un vil delator indigno de vuestras miradas.

Aunque tengo que presentaros tambien, ¡oh atenienses! otras muchas graves inculpaciones, capaces de despertar contra Esquines el ódio de todos los ciudadanos, quiero, ante todo, recordar por más que la mayor parte de vosotros no lo hayan olvidado, el sistema político que abrazó desde el principio, y los discursos que creía deber pronunciar ante el Pueblo contra Filipo: vereis en estos primeros actos, principalmente, y en su primer lenguaje, las pruebas de su corrupcion.

Él fué quien, antes que los demás atenienses, como él mismo lo decia entonces en la tribuna, se aperció de que Filipo preparaba las cadenas de los helenos y seducia algunos jefes de la Arcadia; él fué el que secundado por Ischandro, actor subordinado á Neoptolemo, enteró de esto al Consejo, enteró al Pueblo, y os indujo á enviar á todas partes diputados para convocar aquí un Congreso que tratase de la guerra contra Filipo; el que á su vuelta de la Arcadia os trajo aquellas largas y magníficas arengas que decia haber pronunciado por vosotros en Megalópolis, ante el consejo de los Diez Mil, en contra de Gerónimo, orador consagrado á Filipo; el que pintaba en toda su enormidad el atentado cometido contra su pátria y contra la Grecia entera por las manos venales que recibieron el oro del Macedonio. Tal fué la conducta política que seguia en un principio. Así, cuando Aristodemo, Neoptolemo, Ctesifonte y otros, que solo habian traído palabras engañosas, os persuadieron de que debiais enviarle diputados para negociar la paz, les asociásteis á Esquines, no como capaz de venderos, ni como amigo de Filipo, sino para que ejerciese vigilancia sobre sus colegas: los discursos que le habiais escuchado, su ódio contra el Príncipe, de-

bieron inspiraros de él este concepto. Vino á proponerme que nos uniésemos en la embajada, y me exhortó vivamente para que vigilásemos de comun acuerdo al cínico y miserable Filócrates. En fin, hasta el regreso de nuestro primer viaje, ¡oh atenienses! ignoraba su traicion y su venalidad.

En efecto, además de los discursos que acabo de citar, se levantó en la primera de las dos asambleas en que tratásteis la cuestion de la paz, y hé aquí su exordio, cuyas propias palabras creo poder recordaros: «Aun cuando Filócrates, ¡oh atenienses! hubiese meditado largo tiempo sobre los medios de hacer imposible la paz, no habria encontrado, á lo que yo pienso, ninguna más eficaz que su proposicion. Por mi parte, mientras quedara un ateniense no aconsejaría nunca la paz á ese precio; pero sin embargo, digo que es necesario estipularla.» Tal fué su lenguaje tan exacto como conveniente. Y el que había hablado de este modo la víspera, en presencia de todos vosotros, al dia siguiente, en que se trataba de confirmar la paz, mientras que yo defendía la decision de los aliados y trabajaba por establecer unas condiciones equitativas é iguales para todos los partidos; mientras que animados del mismo espíritu rehusábais oír al despreciable Filócrates, Esquines se levanta, sostiene á la faz del Pueblo la opinion de este diputado, y en un discurso que merecería mil muertes se atreve á decir, ¡oh dioses inmortales! que no debíais pensar en vuestros antepasados, ni escuchar á los que os recordaban sus trofeos y sus victorias marítimas, y que él propondría por una ley no socorrer nada más que á aquellos helenos que os hubiesen socorrido antes. ¡El desventurado, el infame, hablaba así á la vista de los mismos representantes de la Grecia que vosotros habíais llamado, siguiendo los consejos que él os habia ofrecido antes de venderse!

Ahora vais á enteraros de cómo Esquines, reelegido

por vosotros para ir á recibir los juramentos, perdió unos instantes preciosos ocasionando la ruina de todos los negocios de la República, y á saber qué enemistades nacieron entre él y yo, á causa de la oposicion que hice á sus designios. Hé aquí lo ocurrido á la vuelta de esta segunda embajada, de la cual ahora le pedis estrecha cuenta.

Llegado que hubimos de Macedonia, donde no habíamos visto realizada ninguna de las promesas que se os habian hecho al tratar de la paz; engañados sobre todas las condiciones, y habiendo sorprendido á muchos de nuestros colegas comprometidos en nuevas perfidias é insultando vuestras órdenes, nos presentamos al Consejo. Muchos de entre vosotros saben muy bien lo que voy á decir, porque todo el mundo estaba ocupado. Me adelanté y espuse la verdad por completo; acusé á los culpables; enumeré primeramente las brillantes esperanzas que Ctesifonte y Aristodemo os habian hecho concebir, despues los consejos de Esquines al Pueblo durante las negociaciones de la paz y las faltas en que se habia hecho incurrir á Atenas; exhorté á no abandonar lo que aun se poseía, que era la Fócida y las Termópilas, á no dejarnos engañar más, á no consentir que se nos llevase de ilusiones en ilusiones, de promesas en promesas hasta el fondo de un abismo. Hablé, y el Consejo me creyó. Pero cuando el Pueblo estuvo reunido y fué necesario hablar ante vosotros, Esquines se presentó, y adelantándose á todos sus compañeros, (os pido por Júpiter y por todos los dioses que recordeis si es cierto lo que digo, porque en aquel instante vuestros intereses recibieron un golpe mortal) adelantándose, repito, muy lejos de decir ni una sola palabra de la embajada, de referirse á nuestras acusaciones hechas ante el Consejo y de discutir la verdad, Esquines pronunció una arenga tan artificiosa, tan llena de anuncios en que os prometía inmensas ventajas, que os arrastró á todos como

si fuérais su presa. Regresaba, segun decia, despues de haberse atraido á Filipo á la causa de Atenas, tanto sobre la cuestion de los anfictiones, como sobre todas las demas; os recitaba largos trozos del extenso discurso que le habia servido para indisponer al Príncipe contra los tebanos; lo analizaba detenidamente ante vosotros; calculaba que, gracias á sus negociaciones, en dos ó tres dias y sin confusion, sin armamentos, sin embarazos, sabriais el sitio de Tebas, sin ninguna ofensa para las demas plazas de la Beocia; el restablecimiento de Tespias y de Platea, y la restitution forzada del Tesoro de Apolo, impuesta, no á los focidenses, sino á los tebanos que habian proyectado el saqueo del templo; porque, segun añadia, habia demostrado á Filipo que meditar este crimen era un sacrilegio tan grande como consumarlo, y que Tebas habia puesto á precio su cabeza; y en fin, decia tambien que algunos eubeos habian espresado ante él sus temores por la intimidad que acababa de estrecharse entre el Principe y la República. Diputados, les habian dicho, no podeis ocultarnos las condiciones de vuestra paz con Filipo; sabemos que si le habeis cedido á Anfipolis, él se ha comprometido á entregaros la Eubea. Concluyó Esquines diciendo que aún habia arreglado otro asunto, pero que no queria hablar sobre él á causa del deseo de dirigiros la palabra que animaba á muchos de sus compañeros: discreta alusion á la ciudad de Oropos.

Cubierto de elogios fáciles de comprender, juzgado por este relato como un orador elocuente, como un hombre de estado prodigioso, bajó de la tribuna rodeado de prestigio. Subo en seguida á ella, declaro mi ignorancia sobre los hechos que habia referido, y me esfuerzo en reproducir una parte de lo que yo habia dicho al Consejo. Situados cerca de mí, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, Filócrates y él gritaban sin cesar, me interrumpian y me asediaban con sus sarcasmos. Vosotros reiais entretanto y

os negábais á escucharme, no queriendo creer nada más que lo manifestado por Esquines. Conducta nada estraña por cierto. ¿Quién de vosotros, halagado por tan bellas esperanzas, no habria rechazado al orador que os decia: *Eso no puede realizarse*, y que atacaba el proceder de los que tales cosas prometieron? Todo era poco, entonces, comparado con la felicidad que en expectativa se pintaba á nuestra vista; cualquiera oposicion la considerábais como hija de una envidia turbulenta, y persistiais en la idea de que la embajada habia obrado prodigios por servir los verdaderos intereses de la República.

Pero, ¿por qué he comenzado por recordaros estos hechos y por citaros estos discursos? Hé aquí, atenienses, mi principal razon. Quiero que al oirme acusar el pasado, ninguno de vosotros esclame: ¿Y por qué no hablástes entonces? ¿Por qué no nos has revelado estos sucesos en el instante de verificarse? Quiero tambien que el recuerdo de las promesas, con las cuales estos hombres hacian enmudecer en todas ocasiones á los demás ciudadanos; que el recuerdo de la pomposa declaracion de Esquines, os haga ver en la perfidia de sus promesas y en el charlatanismo de sus esperanzas, la causa de mil iniquidades, y sobre todo el obstáculo que os ha impedido conocer la verdad en tiempo oportuno. Tal es el primero y más poderoso motivo que me ha hecho entrar en estos detalles. Deseaba, en segundo lugar, y esta razon no es mucho menos importante, que despues de haber visto á Esquines profesando una política desinteresada, cuya desconfianza por Filipo se miraba como una garantía de su lealtad, lo viérais más tarde convertirse de improvisó en el amigo y confidente de este mismo Príncipe. En fin, si todo lo que anunciaba se ha realizado; si los acontecimientos nos han sido propicios, creed desde luego que ha procedido con lealtad para los intereses de Atenas; pero si hemos visto suceder todo lo contrario de lo que prometia; si solo ha resultado

para la patria una gran deshonra y peligros amenazantes, atribuíd su cambio de opiniones á su sórdida rapacidad y al oro que ha recibido para venderos.

Una vez que me he anticipado sobre este punto, voy á deciros, ante todo, de qué manera os ha privado por completo de ejercer influencia en los negocios de la Fócida. Y que ninguno de vosotros, ¡oh jueces! piense, al ver la magnitud de los hechos, que imputo al acusado crímenes superiores á su poder; reflexionad que todo ciudadano colocado por vosotros en el mismo puesto y hecho dueño de las circunstancias, si hubiese querido, como Esquines, ponerse á sueldo del enemigo y haceros víctimas de sus imposturas, habría ocasionado tantos males como él; pues aunque en el gobierno empleeis con frecuencia hombres despreciables, los intereses que los pueblos confían al honor de Atenas son importantísimos. Por otra parte, reconozco de buen grado que el destructor de los focidenses fué Filipo; pero no se niegue que los diputados lo secundaron. Es necesario, pues, examinar si la embajada contribuyó voluntariamente, en todo cuanto de ella dependía, á perder y arruinar la Fócida, y no cómo la catástrofe de dicho pais ha sido la obra solo de Filipo, porque esto es de todo punto imposible. Toma el proyecto de decreto acordado por el Consejo despues de oído mi relato, y la deposición del ciudadano que lo redactó. Se verá que no eludo la responsabilidad que pueda corresponderme, y que en aquellos mismos instantes acusaba y leía en el porvenir; se verá que el Consejo, á cuyos individuos hice conocer la verdad, sin que nadie me lo estorbase, no aprobó la conducta de los diputados, y no la juzgó digna de una invitación al Pritaneo: afrenta que desde la fundación de Atenas no se ha hecho á ningun embajador, ni aun al mismo Timágoras, condenado á muerte por el Pueblo; afrenta que estos han sido los primeros en sufrir.—Comienza á leer la deposición y pasa en seguida al proyecto de decreto. (*Se lee.*)

No se encuentra aprobacion, ni invitación al Pritaneo dirigida por el Consejo á los diputados. Si el acusado pretende lo contrario, que cite, que pruebe, y en seguida abandonaré la tribuna; pero no, no tiene nada que responder.

Si todos hubiésemos seguido la misma conducta en la embajada, el Consejo tendría motivo para rehusar á todos su aprobación, porque todos seríamos realmente muy culpables; pero si los unos han obrado con rectitud y los otros con perfidia, habrá podido suceder que los prevaricadores comuniquen su ignominia á los diputados íntegros. ¿Cuál es, pues, para todos vosotros, el medio fácil de descubrir al culpable? Recordad cual fué el que al regreso protestó contra todo lo que se había hecho. Al prevaricador le bastaba, sin duda, guardar silencio, dejar mañosamente que el tiempo trascurriese, y no presentarse para responder sobre su conducta; mas el diputado que no había manchado su conciencia, veía el peligro de parecer cómplice, por su silencio, de todos los actos odiosos y criminales. Pero observad que he sido el único que desde nuestra vuelta se ha levantado contra estos hombres, y que ninguno de ellos se ha levantado contra mí.

El Consejo había preparado el decreto; el Pueblo se reunió; Filipo se encontraba ya en las Termópilas, ejecutándose el primer crimen, que consiste en haber entregado al Macedonio una posición tan importante. Así, pues, mientras que debíais oír una reseña sobre el estado de las cosas, para en seguida deliberar y ejecutar, ¿qué fué lo que sucedió? Supísteis la llegada del Príncipe cuando ya no era posible daros un consejo oportuno. Pero hay más todavía: nadie leyó al Pueblo el proyecto de decreto; pero en cambio, el acusado espuso desde la tribuna todas esas brillantes y numerosas ventajas de que os he hablado no ha mucho, es decir, aquello de que había persuadido á Filipo, á lo cual añadía que irritados los tebanos contra él,

habian ofrecido un premio al que lo matase. Pero vosotros que á la aproximacion de Filipo os habiais sorprendido; vosotros á quienes había irritado el silencio de la embajada, tranquilizados hasta el exceso con la esperanza de que todo se arreglaría á medida de vuestros deseos, no quisisteis escuchar mi voz ni la de ningun otro ciudadano. Se leyó en seguida una carta de Filipo, redactada, sin que nosotros lo supiéramos, por Esquines, la cual era una apología clara y formal de los diputados culpables. Se aseguraba en ella que quisieron marchar á las ciudades aliadas á recibir los juramentos; que Filipo mismo impidió que lo hiciesen, deteniéndolos para que le ayudasen á reconciliar los habitantes de Alos con los de Farsalo. Hacía recaer sobre sí la causa de todos los delitos, haciéndose responsable de ellos. Pero de la Fócida, de Tespias, de todo lo que el acusado os anunciaba, no decía ni una sola palabra. No procedía de este modo sin obedecer á un designio preconcebido. En cuanto á la falta de los diputados que debíais castigar por no haber obedecido á ninguno de vuestros mandatos, él asume la responsabilidad y se declara culpable, porque sabe que vuestros rigores no pueden alcanzarle. Pero en cuanto á las promesas con las cuales quería engañar y sorprender á la República, Esquines es el único órgano que las trasmite, á fin de que nunca pudiérais acusar ni vituperar á Filipo, no encontrando estas promesas en su carta ni en ningun documento que lo comprometiera á cumplirlas.

—Lee el texto de la carta redactada por el acusado y enviada por el Príncipe, y que se examine si las cosas son como yo las refiero. (*Lectura de la carta de Filipo.*)

¡Ya lo veis, atenienses, es una carta muy lisonjera, muy obsequiosa! Pero, aparte de esto, nada dice sobre los tebanos, sobre los focidenses, ni sobre ninguno de los demás asuntos de que os hablaba el acusado. No hay en ella una sola palabra de sinceridad, y vais á verlo al instante.

Dice que ha detenido á vuestros diputados para reconciliar á los moradores de Alos; pero ¿qué reconciliacion han conseguido? El Pueblo ha sido espulsado y la ciudad destruida. Dice que busca los medios de serviros, ¡y confiesa no haber tenido la idea de libertar á vuestros compatriotas cautivos! Muchas veces se os ha asegurado públicamente que yo llevaba un talento para su rescate; y á fin de quitarme el honor de esta generosidad, el acusado ha inducido al Príncipe á insertar eso en la carta. Pero otra cosa hay más grave aún. Filipo, en una primera misiva que nosotros os trajimos, escribía lo que sigue: *Me espresaría claramente sobre lo que quiero hacer por vosotros, si estuviese seguro de que haríais alianza conmigo.* Se hace la alianza y pretende ignorar los medios de serviros, dando al olvido sus mismas promesas! Las recordaría indudablemente si no os hubiese engañado.—Toma su primera carta y lee el pasaje en cuestion. (*Se lee.*)

Antes de conseguir la paz, Filipo promete que si concertamos alianza con él, escribirá lo que debe hacer por la República; y cuando posee ambas cosas, os dice ignorar los servicios que podría prestaros. Si le contestais algo sobre esto, si la seduccion de sus promesas os induce á hacerle alguna exigencia, responderá que no puede hacer nada contra su gloria; palabras evasivas que serán su refugio y que equivalen á una retirada hábilmente dispuesta.

Estas arterias y otras ciento podian haber sido descubiertas en el instante mismo; porque entonces era posible enteraros é impedir que dejárais los asuntos en el abandono, si Tespias, Platea y Tebas, de cuyo castigo se trataba, no os hubiesen ocultado la verdad. Y de cualquier modo, ¿qué es lo que se quería? ¿Hacer oír solamente estos nombres á la República para engañarla? En este caso se debía haber hablado. ¿Se trataba, por el contrario, de obrar realmente? Entonces convenia callarse. Pero si los

Tebanos, dada su situación, no ganaban nada en evitar la tempestad, ¿por qué no ha estallado? Y si se han librado de ella porque la han visto acumularse, ¿quién ha sido el traidor que les ha revelado su peligro? ¿Puede haber sido otro que Esquines? Las cosas han sucedido como él deseaba, no lo acusemos de indiscreto. Su único objeto era engañaros con un lenguaje propio de un juglar; haceros desoir la verdad que yo os presentaba; manteneros encerrados dentro de vuestros muros, y asegurar el triunfo de un decreto derastroso para la Fócida: de aquí tantas tramas urdidas; de aquí sus pérfidos discursos. Oyente de las pomposas promesas de este diputado, yo sabía de cierto que mentía: ¿sabeis cómo lo había averiguado? Voy á decíroslo. Cuando el Príncipe iba á jurar la paz, nuestros traidores designaron la Fócida como escluida del tratado, artículo que era indispensable omitir si se la quería salvar; pero este lenguaje no era el de los embajadores ni el de la carta de Filipo, era el de Esquines. Guiado por estas inducciones, corro á la tribuna é intento desengañaros. Vuestra negativa á escuchar mis palabras me detiene, y entonces me limito á protestar que todo me era desconocido, (os ruego por los dioses que recordeis este hecho) que no tenía ninguna parte en cuanto había sucedido, y aun añadí que no esperaba que se viesen realizados vuestros deseos. ¡No esperar! Os pusisteis furiosos al ver mi desconfianza. «Pues bien, atenienses, os dije entonces, ¡si se cumple una sola de estas promesas, dispensad á los diputados vuestros elogios, vuestras recompensas y vuestras coronas, y escludidme á mí de todos estos honores! Pero si sucede todo lo contrario, que sean el objeto de vuestra cólera: ahora, me retiro.» «¡No tan pronto, replicó Esquines, aguarda un momento! Al menos, que nunca te atribuyas el éxito logrado por tus colegas. ¡No, por Júpiter! respondí, cometeria entonces una injusticia.» Filócrates se levantó en seguida y pronunció estas imperti-

nentes palabras: «Estraña maravilla, ¡oh atenienses! el que Demóstenes y yo no pensemos lo mismo: esto consiste en que él bebe solo agua (1) y yo vino.» Vosotros aplaudiais con vuestra risa. Pero considerad el decreto que presentó en seguida. A la simple lectura, no hay nada más aceptable; sin embargo, que se examinen las circunstancias en que lo obtuvo y las promesas que en la misma época os hizo el acusado, y se verá que estos hombres no han hecho otra cosa que entregar á Tebas y á Filipo la Fócida atada de piés y manos.—Lee el decreto. (*Se lee.*)

Ya veis, ¡oh atenienses! cómo superabundan aquí los elogios y las palabras seductoras. «La paz y la alianza convenidas con Filipo, se estipulan tambien para sus descendientes: se le darán gracias por las promesas que nos ha hecho.» ¡No, él no había prometido nada! Estaba tan lejos de prometer, que escribió diciendo que ignoraba en qué podría serviros. Esquines fué el que habló, Esquines solo el que prometió. Os precipitásteis seducidos por sus palabras, y entonces Filócrates, aprovechando vuestro descuido, insertó esta cláusula en vuestro decreto. «Si los focidenses no entregan el templo á los anfictiones, el pueblo de Atenas hará marchar tropas contra los que se hayan opuesto.» Pero vosotros permanecisteis en vuestros hogares; los lacedemonios, conociendo el lazo, se habían retirado, y ningun pueblo anfictionico se hallaba presente á escepcion de los tesalios y los tebanos; y de este modo, valiéndose de la perfidia más noblemente disfrazada, Fi-

(1) Segun Ulpiano, esta mala frase epigramática sobre la sobriedad de Demóstenes, seria, en el juicio del orador, una prueba de su incorruptibilidad, puesta en boca de un enemigo.

Cuando de averiguar un señor trata

Si uno merece su favor, se dice

Que á fuerza de beber de sí le saca.

(Hor. A. P. Traducción de Búrgos.)

(Nota de Stievenart.)